

ABC cultural

N. 1209 SÁBADO, 21 DE NOVIEMBRE DE 2015
twitter: @ABC_Cultural

La aventura contemplativa de Thomas Merton

Centenario del autor que unió la
pasión mística y la literatura

Portada

Las tres pasiones de Thomas Merton

Poeta, pensador, viajero, activista social, pionero del diálogo entre culturas y religiones: todo eso y más fue el monje trapense norteamericano Thomas Merton. A la trascendencia de su obra nos acercamos en el año de su centenario

La mejor obra de Thomas Merton (Prades, Francia, 1915-Bangkok, 1968) fue su propia biografía. Cualquier aficionado a la novela recordará al menos uno o dos títulos de la producción literaria de Milan Kundera, por poner un ejemplo. Nadie, o casi nadie, por contrapartida, podrá dar algún dato de la biografía del escritor checo, más allá del régimen policial que le tocó sufrir en su país y de su consecuente exilio. Kundera está en las antipodas de Merton, es el otro modelo de escritor. Del famoso autor trapense, por el contrario, cualquier aficionado a la espiritualidad tendrá alguna información sobre su vida, pero desconocerá, seguramente, el título de cualquiera de sus obras. Claro que todo escritor escribe, libro a libro, su propia autobiografía, pero hay casos, y el de

Merton es de los más emblemáticos, en que la vida es a fin de cuentas el mejor de los libros. La razón es clara: Merton no fue sólo un escritor, sino un arquetipo. De ahí su fama.

Lista casi infinita

En la vida de Merton hubo claramente dos pasiones: la contemplación y la escritura o, por decirlo más categóricamente, el silencio y la palabra. Desde muy joven, Merton experimentó la pasión por callar y, más que eso, por silenciarse y escuchar; y desde muy joven, también, antes aún, la pasión por escribir y comunicar, por explorarse a sí mismo y al mundo por medio de la prosa, por arrancar a las palabras, frase a frase, su verdad.

Hay muchos autores en quienes la pasión mística y la literaria se cruzan. Ahí están Novalis, por ejemplo, o Tolstói,

Ballester, en silencio

Algunas de las fotografías del proyecto «Umbrales de silencio» (2007-2014), de José Manuel Ballester (Madrid, 1960), nos ayudan a ilustrar la portada de este número y las páginas dedicadas a Thomas Merton.

En esta serie, su autor, Premio Nacional de Fotografía 2010, tras una invitación del Museo Esteban Vicente de Segovia, se sumergía en los recovecos de la ciudad castellana para dialogar con su rico pasado histórico y su patrimonio arquitectónico desde su personal mirada

Stifter, Hesse, Kafka, Lindgren, mi querida Simone Weil o nuestro Unamuno... La lista es casi infinita, y en alguna ocasión he jugado a confeccionarla. Pero esta conjugación del arquetipo espiritual con el artístico, tan sanjuanista, esta confluencia de la experiencia estética con la extática es particularmente elocuente en el caso de Merton, como demuestra su patente actualidad y la continua reedición de sus libros. La pregunta es por qué.

Últimos años

Dice Evelyn Underhill que el silencio «no envuelve a sus iniciados en una calma aislada y sobrenatural, ni los aísla del dolor y el esfuerzo de la vida cotidiana», sino que «más bien les otorga una renovada vitalidad, administrando al espíritu humano no –como algunos suponen– un bálsamo se-

Amor abierto a todo en todo

El Thomas Merton autor y lector de diarios late en «Ocultarse en una hoguera», de Ramón Cao

Thomas Merton escribió diarios la mayor parte de su vida adulta. Escribirlos era una forma de expresión y también una herramienta de autodescubrimiento y de crecimiento personal. Cuando planeó el futuro de su patrimonio literario quiso que sus diarios se pusieran a disposición del biógrafo

que había designado y dio permiso para que fueran publicados a los veinticinco años de su muerte. Entre 1995 y 1998, HarperSanFrancisco publicó en siete volúmenes sus diarios completos, que abarcaban el periodo comprendido entre mayo de 1939 y diciembre de 1968. Posteriormente se publicó un resumen de los siete tomos, traducido al español como *Diarios 1939-1968*.

El libro de Ramón Cao Martínez, profesor de literatura en Ourense, es una fina y delicada investigación sobre la personalidad y carácter de Merton como autor y lector de dia-

rios. El curioso o el iniciado se encontrará ante uno de los mejores libros escritos sobre Thomas Merton en español. Advertimos que no se trata de una obra divulgativa, sino de una auténtica investigación literaria, estilística y objetiva sobre los diarios de Merton.

Una tarea colosal

El excelente, y a la vez quizá prolijo, aparato crítico de notas y referencias a pie de página aporta una riqueza excepcional; pero puede ser una causa de distracción de la lectura. La apuesta del editor por conservar el texto íntegro del trabajo de Cao cae dentro de lo meritorio, y se garantiza que en esas notas está contenido un gran caudal de orientaciones, aclaraciones e información.

El prólogo del teólogo Andrés Torres Queiruga sitúa exactamente el alcance y cualidades del libro. El cuerpo del trabajo de Ramón Cao lo constituyen una introducción y tres partes bien diferenciadas y con el propósito específico de mostrar al lector la trama sobre la que Merton fue tejiendo y diseñando su obra como escritor, crítico literario, activista social, iniciador del diálogo en los años 1950-1968 entre culturas y religiones desde el cristianismo preconciliar y corresponsal vivaz con poetas, literatos y hombres de relevancia social en los últimos años de su vida. Una tarea que, realizada desde la soledad de un monasterio cisterciense, no puede considerarse menos que colosal.

Thomas Merton (1915-1968)





«Coro del Parral 5» (2013), fotografía de José Manuel Ballester

dante, sino el más poderoso de los estimulantes». Valga esto para casi todos los contemplativos, pero muy en especial para Merton, quien desarrolló en los últimos años de su vida, junto a la pasión por el silencio y la palabra –y claramente derivada de ellas–, una pasión por el gesto y la acción.

En efecto, Merton no fue ni mucho menos sólo un orante que, a fuerza de contarnos y de contarse su relación con el misterio, logró enseñarnos a valorar la esfera de lo religioso. Merton fue un entusiasta del diálogo, un pionero del encuentro intermonástico y un profeta de la meditación en el mundo contemporáneo. Qui- so por ello encontrarse con todos los que en su tiempo compartían sus pasiones y podían aportarle algo.

A miles de kilómetros

Estudió a fondo, se carteo o se entrevistó con León Bloy, Paul Claudel, Peter Van der Meer, Rilke, Thoreau, Julien Green, Matsuo Basho, Raissa Maritain, Albert Camus, D. T. Suzuki, Pessoa... Y en los últimos años de su vida, y eso que había hecho voto de estabilidad monástica, viajó como el más impenitente de los viajeros, pasando buena parte de las noches, por no decir la mayoría, fuera de su celda y a miles de kilómetros de su monasterio.

Un monje viajero es una contradicción en sí misma, Merton lo fue. Tan contradictoria fue su fiebre viajera y su

EN LA PARÁBOLA VITAL DE ESTE MONJE LITERATO Y PEREGRINO VEO, ADMIRADO, UN ITINERARIO EJEMPLAR

apología de la quietud como su defensa del silencio en medio de la más exuberante grafomanía. Pero Merton sintió la llamada, no simple-

mente el deseo, de verificar en la historia todo lo que había contemplado y escrito, todos sus hallazgos y búsquedas.

Como Teresa de Jesús –y el suyo fue uno de los poquísimos casos en su siglo–, Merton fue un apasionado del silencio, de la palabra y de la acción, alcanzando en cada uno de estos ámbitos algo parecido a la plenitud. La pasión mística, poética y fundadora de la santa de Ávila la vivió Merton a su modo en el pasado siglo. Por eso su biografía es su mejor obra, por eso resulta evidente que su figura es un arquetipo.

Salvando todas las distancias, en el espejo de Merton no puedo por menos de ver un reflejo de mí mismo. Pero yo no soy un escritor tan insigne como él, aunque ya me gustaría; ni un místico tan profundo y agudo, lo que aún me gustaría más; tampoco un pontífice del diálogo, como él lo fue, o un apóstol de la meditación, sino sólo un aprendiz. Pero en la parábola vital de este monje literato y peregrino veo, admirado y agradecido, un itinerario ejemplar. Saber que él ya ha recorrido la senda a la que yo mismo he sido llamado, y que la ha transitado de forma tan cabal, hace que mi propio camino sea más llano y más ligera y llevadera mi aventura vital.

PABLO D'ORS

La introducción del libro presenta la pasión de Merton por hacer de su existencia una vida escrita, y traza con gran exactitud el territorio de los diarios, estableciendo una especie de mapa universal de los mismos. La primera parte está dedicada a la «vivencia del tiempo» en los diarios: escribir el paso del tiempo, la ronda de las estaciones, el pasado que aflora, el tiempo del cumplimiento y el tiempo de la sorpresa (donde se exponen las experiencias cumbre en la vida de Merton).

La segunda parte, la más densa, se centra en la poética de los diarios, y recoge las reflexiones de Merton sobre su escritura diarística. A partir de ahí sigue el análisis, comparación y estudio de las lecturas de Merton de otros escritores

de diarios. La tercera parte dedica un excursus a varios interlocutores que marcaron el pensamiento del monje escritor: el erudito zen D. T. Suzuki y el escritor Fernando Pessoa.

Debate interno

El amplio espectro de consideraciones de Ramón Cao sobre la obra escrita de Merton como diarista y lector de diarios puede servir al lector para plantearse a sí mismo un profundo debate interno: no sólo por la amplitud de temas tratados, sino por los horizontes poético-literarios, sociológico y espiritual que el libro plantea. Al lector le ayudará mucho encontrarse con dos aspectos importantes: la conjunción de un excelente escritor, Ramón Cao, que maneja las palabras deli-

cada y pedagógicamente, y la fuerza poética y literaria, vital y desbordante, de un contemplativo del hombre, de la naturaleza y de la trascendencia.

Otro de los grandes méritos de esta obra es que se unen dos personas que, por su claridad y cercanía al lector, captan su atención. Ramón Cao porque sólo refleja a Merton en lo que escribe. Thomas Merton porque en lo que escribe se refleja a sí mismo y a cualquier hombre, especialmente al de nuestra época. El profesor orensano huye del exhibicionismo cultural, y Merton huye del narcisismo.

El libro, como dice su autor, «parte de una doble sospecha: que el Merton más genuino (o uno de los más genuinos) es el que se halla en las páginas de

sus diarios; y, que ese puede ser el Merton más accesible». Desde luego que no se trata de estrechar ni encoger la extensión de la obra de Merton, ni, desde luego, reducirla.

El mérito del libro de Ramón Cao está en mostrar sistemática y suavemente el mundo que Merton fue descubriendo en su aventura contemplativa. Un mundo que aprendió a contemplar con dos actitudes que sólo se aprenden en la contemplación (y, sobre todo, en un monasterio cisterciense): *pietas* (piedad) y *compassio* (compasión).

El gran legado de Merton, y que se refleja en el libro que comentamos, es una llamada al mundo interior, al desapego, a la desaceleración, de manera que se afinen los sentidos para

poder captar el canto de la creación. La soledad para él siempre debía ser sonora; con disponibilidad para abarcarlo todo, ella es simplemente *la plenitud de un amor que no rechaza nada ni a nadie, que está abierto a todo en todo* (entrada de su diario, 14 de abril de 1966).

FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL

Ocultarse en una hoguera. Thomas Merton a través de sus Diarios

Ramón Cao Martínez
 Eurisaces, 2015
 432 páginas
 24 euros





¡La alegría de ser hombre!

Su vocación, sus dudas, sus inquietudes, sus múltiples crisis. Thomas Merton convirtió sus «Diarios» en su particular «Libro de la vida». En ellos está lo más íntimo de su intimidad

17 DE OCTUBRE. Los ojos de Thomas Merton, un monje trapense que supo conectar contemplación y escritura de forma original, colman la portada del ejemplar que tengo entre mis manos. Con barba de unos días, sonríe tímidamente a la cámara y le dirige la mirada. A cierta edad, como nos recuerdan los sabios, cada uno es responsable de su cara. Debía saberlo porque su rostro transmite en esta fotografía una quietud rebosante de humanidad. Merton había iniciado un camino de búsqueda y aprendizaje, que describió a lo largo de toda su vida en unos pene-

trantes dietarios. Esta edición es una selección de algunas páginas de los siete volúmenes originales. Y, al abrir este libro, no puedo olvidar a Sócrates, quien tuvo muchos motivos para afirmar que una vida sin examen no merece la pena ser vivida. No sé lo que uno se puede encontrar porque no son un mero ejercicio íntimo. O no solamente. Merton dejó establecido que transcurridos veinticinco años de su muerte podrían ser editados. Sabía que tendrían ávidos lectores.

19 DE OCTUBRE. Christa Wolf consideraba que escribir un

diario era estar dispuesto a combatir la incontenible pérdida de existencia. Nos equivocáramos si pensáramos que Merton se mueve en las mismas coordenadas. Al contrario, estos cuadernos son las páginas del *Libro de la vida* que cualquiera debería llevar consigo y que reflejan la incontenible ganancia de existencia. En estas hojas todo tiene cabida: su discernimiento vocacional, sus dudas, sus inquietudes o sus múltiples crisis. La *Biblia* está presente en la mayoría de estas anotaciones. O, lo que es lo mismo, la oración se convierte en alimento y punto de par-

tida desde su llegada a Nuestra Señora de Getsemaní, un monasterio norteamericano donde encontrará un espacio privilegiado para ser libre. En la época del triunfo de las multitudes, Merton decidió ser un solitario consciente de su soledad. Incluso consiguió la autorización para vivir en una ermita construida dentro de los terrenos de la abadía. Paradójicamente, desde allí, sus escritos llegaron a millones de personas que buscaban su sabiduría contemplativa.

21 DE OCTUBRE. Para Merton vivir es un «mantenerse sin trabas». Por esta razón, pasa los días orando, escribiendo y viviendo. Siente que la existencia misma es relevante si se vive como regalo concedido. Repite en varias ocasiones que la vida es un don de un Dios que está vivo y que se escapa de las sesudas cavilaciones de los filósofos. Este es el centro de la experiencia mertoniana de Dios, que no se presenta como el Absoluto separado de la humanidad, sino como Alguien tan cercano a nosotros mismos que nos

terminará quemando. Dios se revela para Merton en lo más profundo de nuestro yo más profundo. Resuena con claridad la afirmación de San Agustín: *intimior intimo meo*, lo más íntimo de mi intimidad. No hay palabra sin silencio, allí donde podemos escuchar nuestro nombre propio y se cincela la verdad. Pero no basta con ello, somos cuando vivimos en salida de nosotros mismos. El silencio, la oración y la libertad plena se dan la mano en la espiritualidad mertoniana. El silencio favorece que escuchemos a Dios, descubriendo así nuestro más auténtico y profundo yo en un diálogo permanente con el Otro.

22 DE OCTUBRE. La felicidad para Merton era dejarse llevar por la mano de Dios, de quien todo esperaba y confiaba. Pero no fue un camino sencillo. Las depresiones llegaban de vez en cuando y, constantemente, las dudas en forma de preguntas que, incluso, le llevaron a pensar en el abandono de la vida monacal. Y es que Thomas Merton fue un radical, siempre y cuando nos

**THOMAS
MERTON
PROBABLEMENTE
FUE EL SOLITARIO
MEJOR
CONECTADO
DEL MUNDO**

Un poeta en busca de sí mismo

Los versos de Thomas Merton se inscriben dentro de la mejor literatura espiritual de nuestro tiempo

José María Valverde, que en los años cincuenta tradujo a Merton para Adonais, en una edición que, en 1995 y gracias al poeta José Luis Puerto, volvió a reeditarse, llamó la atención sobre la necesidad de una nueva lectura de Merton, distinta a la hecha por él mismo varias décadas antes. Advertía Valverde que el propio autor había cambiado tanto como nuestra percepción de él; marcaba así el carácter abierto que toda escritura tiene, y hacía ver cómo nuestra valoración de la misma varía según lo hace la época y el horizonte de recepción. Eso es lo que Sonia Petisco hace en esta mucho más amplia versión, que revisite especial interés no sólo porque nos acerca poemas que no habían sido traducidos antes, sino porque, además, analiza sus claves presentándolas bajo una nueva luz que tiene muy en cuenta su contexto y su situación. Y otro mérito suyo –y nada desdeñable– es que incluye un índice completo de las distintas traducciones de la poesía de Merton al español.

Rica en metáforas

Fernando Beltrán traza una breve semblanza de Merton, destacando sus traducciones de Alberti, su admiración por Blake, su magisterio sobre Ernesto Cardenal y su «feliz apropiación» de los antipoemas de Niccanor Parra.

Sonia Petisco es una especialista en Merton, algo que se refleja en su completa introducción «a una obra intelectual, rica en metáforas», una de cuyas fuentes es la mística en sus versiones *apofática*, renana y española. Su descubrimiento de la poesía de Gerard Manley Hopkins, sobre quien hizo su tesis doctoral, y sus lecturas de San Agustín, Étienne Gilson, Maritain y Aldous Huxley fueron determinantes en el proceso de conversión de Merton, que culmina con su bautizo en noviembre de 1938 y en su ingreso como postulante, en diciem-

bre de 1941, en la abadía trapense de Nuestra Señora de Getsemaní (Kentucky), donde será consagrado monje y ordenado sacerdote ocho años después.

La poesía de Merton, escrita entre 1940 y 1966, muestra a un poeta en búsqueda constante de sí mismo, que es a la vez testigo de excepción de su tiempo, y cuya línea y forma de pensamiento y de conducta corresponden a las del Concilio Vaticano II. El enigma de su muerte y su íntima relación con su enfermera despiertan nuestra curiosidad por la figura de este interesante personaje, cuya escritura poética, articulada sobre el versículo de la *Biblia* y de Walt Whitman, contiene una complejidad compositiva digna de la máxima atención.

Cárcel de luz

Su «Teoría de la Oración» es un ejemplo de ello y del modo en que Merton se inscribe dentro de la literatura espiritual de nuestro tiempo, mezclando códigos distintos y explotando los diversos melismas y registros de la lengua coloquial, en la que se instala como si fuera un nuevo *sermo piscatorius*. Toma ex-

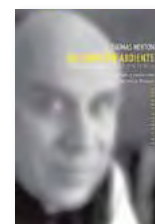
presiones de los místicos como los vocativos ¡Oh, dulce huida! o la construcción *cárcel de luz*. Lo que no le impide recoger de las vanguardias la tematización de lo ur-

bano o reescribir un bucolismo virgiliano. Pero donde más acertada es en el fraciscanismo de poemas como «Al atardecer». Alguna vez llega a lo profético, describiendo casi cincuenta años antes las ruinas de Nueva York que hoy tenemos en nuestra mente y que él, que murió en 1968, no pudo ver, pero cuya visión anticipa.

Estamos, pues, ante una obra rebosante de misterios, entendidos como objetivación de su amor a Dios, al ser humano y al mundo.

JAIME SILES

Oh, corazón ardiente Thomas Merton



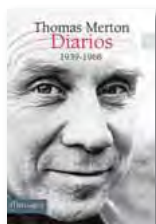
Presentación de F. Beltrán Llavador
Ed. y trad. de Sonia Petisco Trotta, 2015
214 páginas
18 euros

entender el pensamiento mertoniano. Aun con la conciencia de que estos diarios iban a ser leídos en el futuro, Merton no esconde su vivencia más tormentosa. Y es que se enamoró de una enfermera que conoció en uno de sus ingresos hospitalarios dos años antes de su muerte. Fue un flechazo que experimentó con gozo y angustia. Otra vez aparece el honesto retrato de un monje que es consciente de sus propias debilidades y se encuentra escindido entre el amor a una mujer y la fidelidad a su consagración. El desenlace de esta historia no sorprende: terminó por desbaratarse y le ayudó a fortalecer su vocación contemplativa.

27 DE OCTUBRE. Las paradojas de la vida quisieron que el cuerpo de este monje fuera repatriado en un avión militar junto a víctimas norteamericanas de una guerra, la de Vietnam, que había denunciado con arrojo. Merton murió como consecuencia de un trágico accidente doméstico en un hotel de Bangkok en una gira que estaba haciendo por Asia. La última anotación de estos diarios se había escrito unas horas antes. Nada hacía presentir el dramático final. La noche anterior trasladaba a su cuaderno una cita de Novalis: «La mayoría de los seres humanos no nadarán antes de haber aprendido a hacerlo». Hay que alejarse para degustar con hondura estos *Diarios*. Poco antes de su muerte, había escrito en una carta que el verdadero viaje de la vida era interior y esto obligaba a responder con entrega y pasión «a la acción creadora del amor». Para Merton, la vocación era situarse en el vértigo dentro de un proceso de transformación que siempre despedaza las certezas. Por fin he comprendido por qué Ramón Cao afirma en *Ocultarse en una hoguera* que para leer estos diarios hay que entrar en la oración íntima de un buscador de Dios que intentaba descubrir el misterio de su existencia.

JOSEBA LOUZA O VILLAR

Diarios 1939-1968 Thomas Merton



Trad. de Isidro Arias Pérez
Mensajero, 2015
404 páginas
19,95 euros



«Celdas del Parral» (2013), fotografía de la serie «Umbral del silencio», de J. M. Ballester

atengamos a la etimología de la propia palabra. Vivió desde sus raíces, y lo sabemos gracias a su abierta sinceridad. Buscó la plenitud con una

SE ENAMORÓ DE UNA ENFERMERA A LA QUE CONOCIÓ EN EL HOSPITAL DOS AÑOS ANTES DE SU MUERTE

necesidad acuciante por desembarazarse de todo para conseguirla. Dentro de la tradición monástica occidental, no dudó en salir a explorar otras fuentes. Encontró, primero, la riqueza del cristianismo oriental en los Padres griegos y, después, abrió la «nueva puerta» de las religiones asiáticas. A pesar de vivir en un monasterio, conoció y se relacionó con algunas luminarias culturales y sociales de la época: Pasternak, Joan Baez, Maritain, Miłosz, el Dalai Lama... Merton probablemente fue el solitario mejor conectado del mundo.

24 DE OCTUBRE. Merton piensa que todo en esta realidad debe llevar al ermitaño a la soledad. Tengo que detener la lectura para comprender. Este trapense me interpela al hablar de la compasión como un nuevo desierto. Una compasión que singulariza y nace de una experiencia de vacío

que debe ser rellena por los demás desde sus sufrimientos. No puedo dejar de pensar que, en esta lectura de la compasión, algo tiene que ver

con Santa Teresa de Ávila, quien aparece en los diarios originales como una lectura de referencia mertoniana. Tampoco es extraño que buceara posteriormente en otras tradiciones, ya que entre las diversas religiones se establece una compleja red de vasos comunicantes espirituales. En el silencio de su celda, le asalta la misma pregunta que Dios hizo a Caín: «¿Dónde está tu hermano?». Merton quiso vivir compasivamente y no desatendió los problemas de su tiempo, lo que le ocasionó más de un conflicto con sus superiores, que le prohibieron escribir en más de una ocasión sobre estos temas. ¿Qué pintaba un monje hablando del peligro nuclear?, decían. Se manifestó entonces como un místico profético que intentaba abrir los ojos y comprender lo que sucedía a su alrededor.

25 DE OCTUBRE. La fragilidad humana es esencial para



Merton de la «a» a la «z»

«Contemplación», «desierto», «no violencia»: son algunas entradas del «Diccionario» confeccionado en torno al poliédrico Thomas Merton. Un autor que admite múltiples lecturas

CATOLICISMO AMERICANO. Thomas Merton fue bautizado católico el 16 de noviembre de 1938. Por aquellos años, la Iglesia aún se consideraba a sí misma como el baluarte del dogma y la verdad, aunque, poco a poco, empezaba a desplazarse hacia una sensibilidad distinta, más moderna, que terminaría cristalizando en las reformas del Concilio. En ese proceso de modernización, la Iglesia norteamericana desempeñó un papel de avanzadilla, sobre todo a través de algunas de sus figuras públicas más relevantes: el

novelista Walker Percy, la escritora Flannery O'Connor, la activista Dorothy Day, el propio Thomas Merton. Quizás quepa hablar de un renacimiento católico en Estados Unidos, similar al que había tenido lugar en Inglaterra medio siglo antes. En todo caso, fue un novelista inglés, Evelyn Waugh, quien subrayó en 1948 la sorprendente originalidad del catolicismo americano, del cual predijo que estaba llamado a dirigir la Iglesia del futuro. La experiencia vital de Thomas Merton se mimetiza con esta

época acelerada de cambios y transformaciones que tuvo en Estados Unidos uno de sus rostros más significativos.

CONTEMPLACIÓN. En *Misticismo para principiantes*, de Adam Zagajewski, podemos leer un hermoso poema sobre un grupo de monjes que permanecen orando en vigilia mientras el poeta huye por una autopista francesa, alejándose para siempre de su hogar. En la obra de Thomas Merton, la vigilia constituye la palabra clave para discernir qué es la contempla-

ción. La vigilia consiste en permanecer a la escucha, en un profundo silencio que alumbra la relación del hombre con el mundo. La vigilia sería lo contrario del ruido, del miedo y de la apatía. La vigilia y el amor, en definitiva, no se pueden distinguir, pues, como enseña San Agustín, amar «es el oír verdadero».

DESIERTO. «El desierto –leemos en el *Diccionario de Thomas Merton*– no es un lugar en el mapa, sino el paisaje del corazón humano». Diríamos que el desierto lo llevamos con nosotros, al igual que la tristeza. O la alegría. En esta tierra áspere y árida, nos enseña Merton, hay que protegerse especialmente de la desesperación, a la que define «como una forma perversa de orgullo».

DIÁLOGO INTERRELIGIOSO. Poco antes de morir en un accidente en Bangkok, junto a los bancales del té en Darjeeling, Merton se entrevistó con el lama Chatral Rinpoche. Ambos conversaron durante tres horas «acerca de ese vacío último y perfecto [...] que se encuentra más allá de Dios». Se trata de un buen ejemplo del sentido espiritual de Merton, que no se detenía en la tupida arboleda de la doctrina, sino que se dirigía hacia las cuestiones últimas: el amor, la compasión, el mie-

do, la esperanza... Aunque también mantuvo una abundante correspondencia con musulmanes y judíos, su relación con el budismo zen fue especialmente intensa. Consideraba que la meditación zen transcendía los límites culturales de cualquier religión. El zen, señala Merton, «no añade ningún comentario, ninguna interpretación, ningún juicio, ninguna conclusión. Simplemente ve». Viene a ser una forma de misticismo. El diálogo entre religiones que planteaba el eremita de Getsemaní bebe de esta fuente común.

DUDAS. A un hombre se le puede medir por la calidad de sus respuestas o por lo incisivo de sus cuestiones. Ante este dilema, Merton no dudaba acerca de su elección: «Yo tengo preguntas –podemos leer citado en el *Diccionario*– y, de hecho, creo que se conoce mejor a una persona por sus preguntas que por sus respuestas». La razón resulta sencilla: si las respuestas nos limitan a lo que creemos conocer los interrogantes nos conducen más allá. Siempre más allá.

MIŁOSZ, CZESŁAW. Thomas Merton mantuvo correspondencia con algunos de los más importantes escritores e intelectuales de su época: de Evelyn



«Interior de San Antonio el Real» (2013), fotografía de Ballester

Waugh a Boris Pasternak, de Dorothy Day al budista D. T. Suzuki. Por su intensidad, destaca el diálogo epistolar con el poeta polaco y futuro Premio Nobel Czesław Miłosz. Ambos eran hombres solitarios, movidos por un ideal de la trascendencia y testigos atónitos del horror en la historia. En él, Merton creyó hallar a un alma gemela, aunque en realidad sus respectivas sensibilidades no tenían tanto en común. «Una cosa es trazar los límites del misterio –escribió Miłosz– y establecer con claridad dónde arrancan las contradicciones insolubles de la existencia y otra muy distinta lanzarse a nadar en lo incierto, como sospecho que hacen muchos teólogos». ¿Pensaba lo mismo de las obras de Merton? Es probable. Miłosz fue especialmente crítico –según recoge la entrada que se le dedica en el *Diccionario*– «con los escritos de Merton sobre la paz, que leyó a la luz de su propia experiencia vital bajo un régimen totalitario». Como exiliado de un país gobernado por los comunistas, percibió en el monje de Kentucky a una especie de idealista que desconocía el alcance último del mal. Le alertó, en concreto, acerca de «las pa-

labras que suenan nobles y giran en torno a lo obvio». En última instancia, sin embargo, las reservas del poeta polaco se asientan sobre lo que él denomina «la anatomía de la fe» o, lo que es lo mismo, la indagación acerca de las causas que nos impulsan a creer. Las grandes imágenes mertonianas, sugiere Miłosz, no ofrecen respuesta alguna a este interrogante.

MONTAÑA DE LOS SIETE CÍRCULOS, LA. Se trata de la obra más conocida de Merton, que se convirtió de inmediato en un *best seller* a escala mundial. Narra de forma novelada la vida del propio autor desde su nacimiento en 1915 hasta que realizó sus votos solemnes como monje trapense en 1947. A lo largo del relato, asistimos a la profunda inquietud espiritual de un hombre que rastrea incansable el sentido de la vida en un mundo que parece desmoronarse. La idea de la peregrinación, concebida como una búsqueda existencial, está presente desde la primera página. Con *La montaña de los siete círculos* –el título homenajea el Purgatorio de Dante–, Merton pasó a ser el monje más famoso de Estados Unidos.

NO VIOLENCIA. Desde muy pronto, Merton se comprometió con la lucha por la paz. En el ideal de la no violencia creyó descubrir el punto de encuentro entre la imprescindible fraternidad humana y el mandamiento del amor. Admiraba de un modo especial los ejemplos de Martin Luther King y de Mahatma Gandhi, de la filósofa francesa Simone Weil y del campesino austriaco Franz Jägerstätter, al que guillotinaron los nazis por negarse a servir en el ejército alemán. «El fin de la no violencia no es el poder, sino la verdad –escribió–. No es pragmática, sino profética». Para Merton, esa decisión inquebrantable de no contestar el mal con la fuerza representa «la única esperanza del mundo».

POLÍTICA. El *Diccionario* no dedica ninguna entrada a la política como tal, pero muchas de sus preocupaciones –de la defensa de las minorías a la resistencia pacifista– alcanzan esa dimensión. Bajo la rúbrica «Movimientos sociales», leemos que Merton consideraba que el movimiento dirigido por King constituye «el mayor ejemplo de fe cristiana en acción en toda la historia social de Estados

Unidos». Calificó la guerra de Vietnam como «uno de los errores más grandes y estúpidos de la historia americana». Sin embargo, es en una carta destinada al benedictino luxemburgués Jean Leclercq donde hallamos la definición más precisa de su ideario político: «La vocación del monje en el mundo moderno no es la supervivencia, sino la profecía». Hay que recordar que, en la tradición bíblica, el profeta es aquel que denuncia a los falsos dioses: el dinero, el poder, la mentira, la violencia... Que Merton se vio a sí mismo como un profeta parece obvio. Que quiso actuar y escribir como tal, también. La política para Merton consistió precisamente en defender aquello que le exigía su conciencia.

DANIEL CAPÓ

Diccionario de Thomas Merton William H.



Shannon, Christine M. Bochen y Patrick F. O'Connell Mensajero, 2015. 704 págs. 40 euros

ACEPTAMOS OBRA PARA NUESTRA PRÓXIMA SUBASTA



SUBASTA JUEVES 26 DE NOVIEMBRE a las 19.30 horas

Óleos, dibujos, acuarelas de GUMERSINDO DÍAZ, R.AGUADO ARNAL, I.PINAZO, FERRANT, E.VERA, A.ARTETA, J.VELA ZANETTI, R.CANALS, C.OLIVE, J.BALLESTER, J.SARMENTO, F.CLEMENTE, A.COMAS, T.CAMPUZANO, J.URGELL CARGAS, M.MONTOYA, J.CASTILLO, M.P.NAVARRO, T.MEDINA MOTA, GÓMEZ GIL, E.MARTÍNEZ CUBELLS, C.DALRE AMBROSI, F.RIBAS, MAUBAN, J.MARTI, E.GONZÁLEZ, V.FURUNDARENA, F.HIDALGO, F.R.HIDALGO, J.PONS, ESC.ESPAÑOLA, ORIENTALISTA, FRANCESA...

Obra gráfica de CHAGALL, CHRISTO, LICHTENSTEIN, HARTUNG, CHILLIDA, PICASSO, COCTEAU, BRAQUE, VASARELY, CLAVÉ, CHIRICO, ALCORLO, ÚRCULO...

Plata, bronce, cerámica de SATSUMA S.XIX, porcelana de LLADRÓ, loza de SAGARDELOS-VALDEMORILLO S.XIX, CARTAGENA, TRIANA. Relojes de sobremesa. Radios antiguas. Interesante colección de carteles publicitarios en chapa esmaltada policromada. Vinos, abrigos y chaquetones vintage en piel. Bolsos y pañuelos de LOEWE. Joyas. Numismática. Libros. Fotografías. Muebles auxiliares. Alfombras. Objetos de Arte y Decoración.

ABBAS ROSHAN "Gran Vía. Madrid". Óleo sobre lienzo, 130 x 88 cm.

c/Donoso Cortes nº 38 - 28015 Madrid • Tlfs 91 446 19 26 / 630 002 314
Fax 91 447 85 16 - www.subastasgalileo.es - subastasgalileo@subastasgalileo.es

Horario de 11.00 a 13.30 y de 17.00 a 20.30 h. de lunes a viernes